

PRESENTACIÓN TEOLÓGICA DE LA ENCÍCLICA «ECCLESIA DE EUCHARISTIA»

JOSÉ ANTONIO ABAD

Desde el ya lejano 1979, Juan Pablo II no ha dejado de faltar a la cita cada Jueves Santo con los sacerdotes de todo el mundo, enviándoles una carta relacionada con el sacerdocio y lo que es su núcleo, la Eucaristía. Este año también se ha hecho presente, pero con dos peculiaridades: ha elevado la categoría de su documento y ampliado el horizonte de los destinatarios. De hecho, ha escrito una carta encíclica y la ha destinado a toda la Iglesia Católica.

1. MARCO DE LA ENCÍCLICA

El documento fue promulgado el 17 de abril, día de Jueves Santo. Se trata de un texto más breve que el de las últimas encíclicas, lleva el significativo título *Ecclesia de Eucharistia* (en adelante: EdE) y su estructura es muy clara: una introducción, seis capítulos y una conclusión.

Si nos atenemos a lo que Juan Pablo II dice, las motivaciones de fondo que le han llevado a la publicación de la encíclica son éstas. Por una parte, recordar a la Iglesia, en el comienzo del tercer milenio, que la Eucaristía celebrada y vivida es el medio privilegiado para afrontar el reto de la reevangelización, a la que le convoca la progresiva secularización del mundo actual; y, a la vez, provocar en ella «el asombro eucarístico», mediante la contemplación amorosa del legado que le entregó su Fundador para recorrer su peregrinaje por los senderos del mundo y de la historia. Desde otro ángulo, el Papa desea poner fin a ciertos abusos, insinuados aquí y allá, que contribuyen a oscurecer este sacrosanto misterio. El Papa quiere dejar claro que la Eucaristía es un tesoro cristológico-eclesiológico tan extraordinario, que no consiente ser considerado más que como realidad central en la vida de la Iglesia. Algunos han insinuado que

la encíclica ha visto ahora su publicación por motivos coyunturales; pero tal suposición no se deja ver en el texto del Papa.

El tono de la encíclica es positivo, cordial, poético en algunos momentos, con frecuencia místico y en muchos casos muy personal. En este sentido es más patente que en otras encíclicas la implicación personal del Papa en lo que escribe, echando mano de notas autobiográficas, citas poéticas, metáforas, temas muy personales y aportaciones inesperadas, como la de concluir la encíclica con un capítulo sobre las relaciones entre María y la Eucaristía.

Es también un texto en el que Juan Pablo II no tiene rubor en desnudar su profunda fe eucarística, para que sus hijos se sientan animados a profundizar en el pozo sin hondón de este misterio. Por ejemplo, cuando, al volver la vista atrás desde la cima de su ancianidad sacerdotal, se remonta hasta su «primera Misa en la cripta de san Leonardo de la catedral del Wawel en Cracovia» y confiesa que desde aquel lejano 2 de noviembre de 1946, sus «ojos se han fijado en la hostia y en el cáliz en los que, en cierto modo, el tiempo y el espacio se han “concentrado” y se han representado de manera viviente el drama del Gólgota, desvelando su misteriosa “contemporaneidad”. Cada día, mi fe ha podido reconocer en el pan y el vino consagrados al Divino Caminante que un día se puso al lado de los dos discípulos de Emaús para abrirles los ojos a la luz y el corazón a la esperanza»; para concluir con esta espléndida confesión de fe: «Dejadme, mis queridos hermanos y hermanas que, con íntima emoción, en vuestra compañía y para confortar vuestra fe, os dé testimonio de fe en la Santísima Eucaristía: «Ave, verum corpus natum de Maria Virgine/vere passum, immolatum, in cruce pro homine»! Aquí está el tesoro de la Iglesia, el corazón del mundo, la prenda del fin al que el hombre, aunque sea inconscientemente, aspira» (EdE 59).

No es fácil sustraerse a esta mistagogía de Juan Pablo II. Eso explica que mientras el lector creyente avanza en la lectura del documento, se va introduciendo, de modo tan sencillo como irresistible, en la contemplación del misterio que se le propone.

2. VISIÓN GLOBAL DE SUS CONTENIDOS

Como ya hemos indicado, la encíclica tiene seis capítulos, precedidos por una introducción y seguidos de una conclusión.

La *Introducción* entra ya de lleno en el meollo del misterio eucarístico, cuando dice que «del misterio pascual nace la Iglesia. Precisamente por eso la

Eucaristía, que es el sacramento por excelencia del misterio pascual, está en el centro de la vida de la Iglesia» (EdE 3). La afirmación de que la Eucaristía «*es el sacramento por excelencia del misterio pascual*», es la piedra angular de toda la encíclica y de todo cuanto se puede decir sobre ella, así como la base firme sobre la que se puede construir el edificio teológico y pastoral tanto de la participación como de la vivencia eucarística por parte de la Iglesia. Ciertamente, todos los sacramentos están esencialmente vinculados con el misterio pascual, lo actualizan y sacan de él su fuerza salvadora. Pero sólo la Eucaristía se identifica con el mismo acontecimiento pascual, que no es otro que Cristo Muerto y Resucitado. Por eso sólo de ella se puede afirmar que es «el sacramento por excelencia» del misterio pascual. Santo Tomás lo expresó ya con la sencillez y profundidad que le caracterizan: todos los sacramentos confieren la gracia, pero sólo la Eucaristía contiene al autor de la gracia. La Eucaristía es la fuente de la que brota el agua salvífica que comunican los demás sacramentos. Por eso, todos están intrínsecamente radicados en ella y finalizados a ella.

El *capítulo I*, que lleva por título «Misterio de fe», podría llevar también este otro, dada la temática que aborda: *La Eucaristía, sacrificio sacramental, comunión y presencia de Cristo Muerto y Resucitado*. Es un capítulo muy denso y en él se tocan todas las cuestiones dogmáticas más nucleares: «Cuando la Iglesia celebra la Eucaristía, memorial de la muerte y resurrección de su Señor, se hace realmente presente este acontecimiento central de salvación y «se realiza la obra de nuestra redención» (CEC 1085)» (EdE 11). El sentido de este memorial queda explicitado enseguida: «La Iglesia vive continuamente del sacrificio redentor, y accede a él no sólo a través de un recuerdo lleno de fe, sino también en un contacto actual, puesto que este sacrificio se hace presente, perpetuándose sacramentalmente en cada comunidad que lo ofrece por manos del ministro consagrado» (EdE, 12). No es, pues, un recuerdo *subjetivo* sino una *actualización* del único sacrificio redentor. Eso explica que la comunión sea un banquete sacrificial, no un mero banquete fraterno, y que «la eficacia salvífica del sacrificio se realiza plenamente cuando se comulga recibiendo el cuerpo y la sangre del Señor» (EdE, 16). Con la misma fuerza que se subraya que la eucaristía es un memorial *objetivo*, se pone también de relieve que la Eucaristía no es repetición de la Pascua de Cristo, es decir: su multiplicación en tiempos y lugares diversos, sino re-presentación del *único* sacrificio de Cristo en la Cruz, presencializado hasta el fin de los siglos. En cuanto a la comunión sacramental del cuerpo sacrificado de Cristo, afirma que pone en relación con la vida trinitaria y es garantía de la futura resurrección. Por último, se fija en la dimensión escatológica de la Eucaristía, explicitando que es una prenda y un anticipo de la vida eterna, y una expresión y consolidación de la comunión con la Iglesia celeste, lo cual no es óbice, antes al contrario, para «que los cristianos se sien-

tan más que nunca comprometidos a no descuidar los deberes de su ciudadanía terrena» (EdE 20).

El *capítulo II* inicia la enseñanza sobre relación existente entre la Eucaristía y la Iglesia. El resumen de tal enseñanza está condensado en el título con que se abre el capítulo: «La Eucaristía edifica la Iglesia». Efectivamente, la Eucaristía, en cuanto actualización de la Pascua de Cristo, hace nacer a la Iglesia como Pueblo de la nueva Alianza y la convierte en «signo e instrumento de salvación, en obra de Cristo, en luz del mundo y sal de la tierra para la redención de todos» (EdE 23). Así mismo, consolida su unidad como Cuerpo de Cristo, renovando y fortaleciendo la incorporación originada en el Bautismo: «Nuestra unión con Cristo, que es don y gracia para cada uno, hace que en Él estemos asociados también a la unidad de su cuerpo que es la Iglesia. La Eucaristía consolida la incorporación a Cristo, establecida en el Bautismo mediante el don del Espíritu» (EdE 23-a). Finalmente, dado que en la Eucaristía continúa la acción conjunta e inseparable del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo —que está en el origen y permanencia de la Iglesia— la Eucaristía está en la base de esa constitución y permanencia.

El *capítulo III* prosigue la enseñanza iniciada en el capítulo anterior sobre la relación que existe entre el binomio Eucaristía-Iglesia, aunque ahora desde la perspectiva de la apostolicidad. La enseñanza medular es ésta: así como no se da la integridad de la Iglesia sin la sucesión apostólica, tampoco hay verdadera Eucaristía sin el Obispo. Quien «hace» la Eucaristía es Cristo, el cual actúa a través de un ministro, que la celebra personándole a Él, es decir: actuando en nombre de Cristo Cabeza. La Eucaristía, en efecto, «es» de Cristo, no de la comunidad. Ésta no la «posee», sino que la «recibe» como don. Por eso, no se la autodona, sino que extiende su mano para recibirla de quien Cristo mismo ha establecido, es decir: del que ha recibido el sacramento del Orden. El ministro, por otra parte, tampoco es «dueño», sino «siervo» de la Eucaristía. Todo explica que, cuando una comunidad cristiana no tiene sacerdote, se encuentra ante una carencia radical, a la cual no debe acostumbrarse ni tratar de suplir con otro tipo de celebraciones. Su verdadera respuesta es implorar al Dueño de la mies que le envíe el ministro que necesita. En este sentido, es sugestivo que la encíclica haga notar expresamente que la «pastoral de las vocaciones» se inserta en el corazón mismo de la Eucaristía y, por ello, en el corazón mismo de la Iglesia (EdE 31-c).

El *capítulo IV* también es de carácter eucarístico-eclesiológico y aborda la trascendental cuestión de la Eucaristía y la comunión eclesial. La Iglesia se atiene a lo establecido por Cristo mismo a la hora de administrar su Cuerpo y su Sangre. Fiel a la doctrina de los Apóstoles, debe manifestar, incluso de manera

visible, la unidad invisible que le caracteriza. Por tanto, la Eucaristía no puede ser «usada» como instrumento de comunión, sino que, más bien, presupone y convalida la comunión. Consiguientemente, la Eucaristía crea comunión y educa a la comunión cuando se celebra en la verdad. De ahí que el camino ecuménico auténtico pasa necesariamente por la verdad eucarística, no por el arbitrio de individuos o comunidades particulares. La encíclica deduce dos importantes consecuencias sobre la eficacia de la Eucaristía en la promoción de la comunión eclesial: la importancia de la misa dominical —como lugar privilegiado donde se anuncia y cultiva continuamente la comunión— (EdE 41) y el compromiso ecuménico a favor de la unidad (EdE 43-a).

El *capítulo V* lleva por título el «Decoro de la celebración eucarística». Es un canto al cuidado de los aspectos externos de la celebración de la Misa, que tienen por finalidad expresar la alegría que embarga a cuantos se reúnen en torno al «tesoro» inconmensurable de la Eucaristía. La arquitectura, la pintura, la música, la literatura y, en general, el arte en todas sus manifestaciones testimonian de modo inequívoco que la Iglesia no ha tenido reparo alguno en «derrochar» en medios materiales lo que sea preciso en orden a manifestar el amor que profesa y le une con su divino Esposo. Las celebraciones de hoy deben continuar esa trayectoria y recuperar, siempre que sea preciso, el gusto por la belleza del entorno eucarístico.

El *capítulo VI* se centra en un tema muy apreciado y cultivado por Juan Pablo II: María y la Eucaristía. Su mismo título no puede ser más bello ni más significativo: «En la escuela de María, mujer “eucarística”». El tema no ha sido muy desarrollado por la teología y el Magisterio, pero tiene un gran calado doctrinal. María, en efecto, aunque no estuvo presente en el momento de la institución de la Eucaristía ni fue ministro de la misma, está en el origen más radical de la Eucaristía, habida cuenta de que ésta es la prolongación sacramental de la Encarnación, impensable sin la cooperación eficaz de María. El cuerpo «entregado» y la sangre «derramada» son cuerpo y sangre engendrados, alumbrados y cuidados por María. El Sumo y Eterno Sacerdote pudo ser tal desde el primer momento y ejercer como tal, sobre todo en el altar de la Cruz, porque María cooperó, activa y eficazmente, a lo que es el fundamento de esa sacerdotalidad y sacrificialidad: la humanidad creada del Verbo. María, finalmente, es el modelo sin igual de las actitudes eucarísticas del cristiano que participa en la Eucaristía, disposiciones que no se limitan al momento preciso de la celebración sino que abarcan y abrazan su entera existencia, hasta hacer de ella una ofrenda agradable al Padre.

La encíclica se cierra con una conclusión que la Sala de Prensa del Vaticano resumía así en el momento de presentar el documento: «La conclusión es

comprometedora: quien desea seguir el camino de la santidad no necesita nuevos “programas”. El programa ya existe: es Cristo mismo, a quien se debe conocer, amar, imitar y anunciar. La puesta en práctica de este programa pasa a través de la Eucaristía. Lo atestiguan los Santos, que en cada instante de su vida han saciado su sed en la fuente inagotable de este Misterio, obteniendo de él fuerza espiritual para realizar plenamente su vocación bautismal».

3. PANORAMA DEL BAGAJE DOCTRINAL DE LA ENCÍCLICA

Sin miedo a exagerar puede decirse que la encíclica es una especie de mini-tratado sobre la Eucaristía, puesto que abarca la casi totalidad de los temas que hoy suelen aparecer en los escritos de esta materia. Concretamente, se habla de la institución de la Eucaristía en la Última Cena por Jesucristo, de la relación esencial entre el sacrificio de la Cruz y el eucarístico, de la presencia real-sustancial-sacramental del Verbo Encarnado en la Eucaristía, del carácter convival-sacrificial de la Eucaristía, de las relaciones entre Eucaristía y Trinidad, entre Eucaristía e Iglesia, entre Eucaristía y escatología, entre la Eucaristía e historia, entre celebración eucarística y el culto eucarístico fuera de la Misa; así como de la Eucaristía y el ecumenismo, del ministro ordenado como único ministro válido de la Eucaristía, de la centralidad de la Eucaristía en la vida del presbítero, de la relación entre Eucaristía y la promoción de las vocaciones, de la interconexión entre la Eucaristía y los otros dos sacramentos de la iniciación y con el de la Penitencia, y de la dimensión mariana de la Eucaristía.

4. PUNTOS MÁS IMPORTANTES

Me parece que *la clave* de lectura de toda la encíclica y, por ello, el punto más importante es la afirmación reiterada de que la Eucaristía es la presencialización sacramental del Misterio Pascual, es decir, del sacrificio de la Cruz y de la Resurrección. De ello se ocupa de modo monográfico todo el capítulo primero, que, como ya se ha indicado, podría titularse «La Eucaristía, sacrificio sacramental, presencia y comunión de Cristo Muerto y Resucitado».

Me parece que ha sido un gran acierto el énfasis puesto en la recuperación de la doctrina del Vaticano II, según la cual, «cuando la Iglesia celebra la Eucaristía, memorial de la muerte y resurrección de su Señor, se hace realmente presente este acontecimiento central de salvación y «se realiza la obra de nuestra redención» (LG 11)» (EdE 11). Porque la Eucaristía es *radix, fons y culmen* de la Iglesia, precisamente por ser la actualización sacramental del mismo

acontecimiento redentor y del que es su protagonista. No sólo de su fuerza salvífica —que es actualizada por los demás sacramentos— sino del mismo acontecimiento de Cristo Muerto y Resucitado. Sin esa referencia, la Eucaristía queda degradada, en el sentido más riguroso del término, es decir, se la baja de nivel y se la sitúa muy por debajo de lo que realmente es. Sólo si la Eucaristía es actualización del acontecimiento redentor, cada una de las generaciones puede hacerse contemporánea y beneficiaria de dicho sacrificio redentor e incorporarse salvíficamente a él; y sólo si la Eucaristía es actualización de la Pascua de Cristo puede convertirse en el punto de mira de toda la acción eclesial en su conjunto y en cada uno de sus miembros. La Pascua de Cristo es, en efecto, el punto central y culminante de toda la historia *salutis*.

Esta doctrina fue el caballo de batalla eucarístico de la Reforma, pues Lutero admitía la presencia real de Cristo en la Eucaristía, aunque fuera transitoria —*in usu*— y por impanación —Cristo junto con el pan/vino—; más aún, luchó decididamente contra los sacramentarios, que no admitían más que una presencia *simbólica*. En cambio, hubo *unanimidad* entre Lutero, Zuinglio y Calvino a la hora de negar el *carácter sacrificial* de la Eucaristía, en plena coherencia con su antropología teológica y su consiguiente negación de las mediaciones objetivas de gracia. Todavía hoy la Reforma mantiene la misma doctrina, si bien es verdad que ahora resulta más fácil avanzar en el diálogo, por cuanto la exégesis bíblica ha facilitado el camino para entender que la *unicidad* del sacrificio de Cristo —punto clave en la doctrina Reformada— no queda menoscabada con la afirmación de la Eucaristía como verdadero y propio sacrificio, ya que la doctrina católica mantiene que la Misa *no* es un sacrificio *distinto*, sino el mismo y único sacrificio de la Cruz, sólo que sacramental. No se repite, pues, el sacrificio, sino que lo que se multiplican son las *presencias sacramentales* del único sacrificio de Cristo.

No sé si esta doctrina, reiteradamente repetida en la encíclica, sobre todo en el capítulo primero, puede dificultar o facilitar el diálogo con los hermanos separados. En cualquier caso, es la doctrina católica expuesta con tanta claridad como ausencia de polémica.

Ciñéndome al campo católico, veo en la recuperación y reafirmación de esta verdad del Vaticano II el camino más adecuado para superar el *extrensicismo* y el *rubricismo* eucarísticos, y adentrarnos en lo que es el corazón y meollo de la verdadera participación. En efecto, si no se ve en la Misa el sacramento del acontecimiento redentor, se seguirá poniendo el énfasis participativo en los ritos, mejor o peor realizados, no en el contenido del misterio que en ellos se esconde. Por otra parte, si se ve en la Eucaristía la suprema donación de la Trinidad a la Iglesia, el acto cumbre de su entrega de amor, la participación eucarística será

mucho más comprometida, exigente y eficaz en frutos de vida cristiana, en línea de lo que se auguraban el Vaticano II y la posterior reforma litúrgica.

5. OTRAS CLAVES DE LECTURA

Una *segunda clave de lectura* se encuentra en las citas. Al hablar de citas, me refiero ante todo a su calidad, que se refleja tanto en la elección de las fuentes como en los textos elegidos.

En cuanto a las fuentes citadas, prevalecen los documentos del Vaticano II y otros textos posteriores al Concilio. Los documentos del Vaticano II son las cuatro constituciones, los decretos *Presbyterorum Ordinis*, *Unitatis Redintegratio*, *Orientalium Ecclesiarum* y *Ad Gentes*. La primacía corresponde a la constitución *Lumen Gentium* y a *Presbyterorum Ordinis*, que se citan diecisiete y siete veces, respectivamente. Entre los documentos del postvaticano II se encuentran la *Mysterium Fidei* y el Credo del Pueblo de Dios, de Pablo VI; varias encíclicas, exhortaciones y cartas de Juan Pablo II: *Redemptor hominis*, *Sollicitudo rei socialis*, *Ut omnes unum sint*, *Dominicae Cenae*, *Ecclesia in Asia*, *Dies Domini*, *Carta a los artistas*, *Novo millennio ineunte*, *Rosarium Virginis Mariae*, el *Catecismo de la Iglesia Católica* y el *Código de Derecho Canónico* y *Código de Derecho de las Iglesias orientales*; y la *Communio notio* y *Sacerdotium ministeriale*, de la Congregación para la doctrina de la fe.

Las demás fuentes magisteriales citadas no son muchas. Concretamente varias de la encíclica *Mediator Dei*, una de la Sagrada Penitenciaría, otra de León XIII, algunas de las Sesiones Tridentinas sobre la presencia real y el sacrificio eucarístico y pocas más.

Las citas patrísticas privilegian a los Padres de Oriente y, dentro de ellos, a san Juan Crisóstomo, al cual cita cuatro veces. El uso de los Padres Latinos se limita a san Ambrosio y a san Agustín, si bien san Cipriano se usa para corroborar otra cita. En este concierto patrístico no deja de sorprender gratamente que se cite dos veces a Ignacio de Antioquía. El uso de la Liturgia es, mas bien, parco y con un cierto equilibrio entre las antiguas y modernas y entre las de Oriente y Occidente. Entre otras, se cita la Anáfora de la Divina liturgia de san Juan Crisóstomo, la Anáfora de san Basilio y la Plegaria Eucarística Romana III. Completan el panorama, dos citas del Aquinate y una de santa Teresa de Jesús y de san Alfonso María de Ligorio.

Pero la importancia de las citas no radica tanto en su número y variedad cuanto en su calidad. Casi siempre se recurre al texto fundamental sobre la doc-

trina que se afirma; cuando menos, a uno de los más importantes. Eso posibilita gozarse con textos patrísticos antológicos, como el del Crisóstomo sobre la unidad del sacrificio. En mi opinión esto tiene importancia capital, pues sirve para descubrir la continuidad eclesial sobre la fe eucarística. Desde otra perspectiva, cabría decir que la eliminación de estos textos comportaría una grave mutilación y empobrecimiento de la encíclica.

Sin ánimo de exhaustividad, ejemplifico algunos casos, en los que se ve la propiedad con que se han usado las citas. Así ocurre cuando se refiere al bien espiritual que contiene la Eucaristía (PO 5 = n. 1); a la perennidad de la obra realizada por Cristo, que participa de la eternidad de Dios (CEC 1085 = n. 11); a la realización de la obra de nuestra redención (LG 3 = n. 11); a la inseparabilidad entre el memorial que se perpetúa en la Misa y la comunión en el Cuerpo y Sangre del Señor (CEC 1382 = n. 12); a la unidad entre el sacrificio de la Misa y el de la Cruz (J. Crisóstomo = n. 12); a la línea fronteriza del dogma, más allá de la cual ya no estamos en campo católico (*Credo del Pueblo de Dios* = n. 15); a la Eucaristía como garante de nuestra resurrección (Ignacio de Antioquía = n. 18); a la Eucaristía como causa originante de la Iglesia (LG 3 = n. 21); a la Eucaristía como fuente de la que mana la unidad de la Iglesia (1 Cor 10, 16-17 = n. 23) y la del género humano (LG 1 = n. 24); al ministro ordenado como único ministro válido de la celebración eucarística (Lateranense IV = n. 29) y de las repercusiones que esto conlleva para las Comunidades surgidas de la Reforma (*Unitatis redintegratio* 22 = n. 30); a la caridad pastoral, como aglutinante y causa principal de la unidad de vida del presbítero (PO 14 = n. 31); a la Eucaristía como fautora de comunión eclesial (Sínodo Extraordinario de 1985 = n. 34); a la necesidad de la confesión sacramental previa a la comunión de quien se sienta reo de pecado grave (Tridentino = n. 36); a la necesidad de la comunión eclesial con el propio obispo (Ignacio de Antioquía, *A los Esmirniotas* = n. 39) y con el Romano Pontífice para que la celebración eucarística sea legítima (*Communio notio* 14 = n. 39); a la Eucaristía como creadora y educadora de la comunión eclesial (san Agustín, *Sermón* 272 = n. 40); a la ilegitimidad de la concelebración eucarística con los que no comparten íntegramente la fe (*Orientalium Ecclesiarum* 26 = n. 45); etc.

6. LA DOCTRINA MÁS NOVEDOSA Y ORIGINAL

Tres son las cuestiones más novedosas, al menos en cuanto a la extensión y profundidad con que se abordan: el binomio Eucaristía e Iglesia, el culto eucarístico como promotor de cultura, y la relación entre María y la Eucaristía. Esta última es la más original y se nota fácilmente que ha salido directamente

del corazón y la pluma de Juan Pablo II. Desde otro punto de vista, es novedoso el anuncio de la publicación de un documento vinculante, elaborado por varias Congregaciones, tendente a eliminar ciertos abusos celebrativos.

El binomio Eucaristía e Iglesia va y viene sin cesar en todos los capítulos. Incluso está en la base del mismo nombre de la encíclica: *Ecclesia de Eucharistia*, la Iglesia vive de la Eucaristía. Se habla de ello en todos los tonos: la Iglesia nace de la Eucaristía, la Iglesia crece por la Eucaristía, la Iglesia se revela y manifiesta por la Eucaristía, la Iglesia recuerda, actualiza, celebra la Eucaristía. De todos modos, me parece que la doctrina de mayor calado teológico se encuentra en los capítulos III y IV, que tratan, respectivamente, de la «Apostolicidad de la Eucaristía y de la Iglesia», y de la Eucaristía y la Iglesia como misterios de comunión.

Puesto en la disyuntiva de elegir, me inclinaría por la apostolicidad de la Eucaristía como lo más granado teológicamente. La Eucaristía expresa el triple sentido de la apostolicidad: tiene como fundamento a los Apóstoles, dado que Cristo se la entregó a ellos; se celebra en conformidad con la fe de los Apóstoles; y 3) sólo puede ser celebrada por los Apóstoles y sus Sucesores los obispos —y los presbíteros, como cooperadores suyos—.

También es muy teológico el capítulo dedicado a glosar la dimensión comunal de la Eucaristía, tanto en su vertiente invisible como visible. La comunión invisible, aun siendo por naturaleza un crecimiento, supone la vida de la gracia así como la práctica de las virtudes de la fe, de la esperanza y de caridad, pues sólo de este modo se obtiene la verdadera comunión con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Por eso, la integridad de los vínculos invisibles es un deber moral del cristiano que quiera participar plenamente en la Eucaristía comulgando el Cuerpo y la Sangre del Señor. Aquí está el fundamento de la exigencia establecida por la Iglesia de la confesión previa de los pecados graves antes de comulgar. La comunión visible es una exigencia intrínseca de la misma Eucaristía, puesto que la Eucaristía refleja el rostro de la Iglesia —es su epifanía—, la cual es, a la vez, comunidad de gracia e institución, realidad carismática y realidad visible, Cuerpo Místico y Pueblo de Dios. Siendo la Eucaristía la suprema manifestación sacramental de la comunión en la Iglesia, exige que se celebre en un contexto de integridad en los vínculos de la comunión; de modo especial, requiere los vínculos de comunión en los sacramentos reales, especialmente en los del Bautismo y del Orden. Aquí está la causa del por qué no se puede dar la comunión a una persona no bautizada o a quien rechaza la verdad íntegra de fe el Misterio eucarístico (EdE 38-b).

No obstante, la gran novedad —y aquí la mano del Papa es evidente— es el capítulo dedicado a la dimensión mariana de la Eucaristía. María aparece

íntimamente vinculada con la Eucaristía, no sólo porque concibió el Cuerpo y la Sangre que ahora se nos entrega sacramentalmente en comunión, sino porque cooperó en el sacrificio de su Hijo —que ahora se hace sacramentalmente presente—, estuvo presente en las asambleas eucarísticas celebradas por los Apóstoles, y es el modelo perfecto de fe y respuesta eucarística. Por otra parte, María es el miembro más eminente de la Iglesia y es Madre de la Cabeza de la Iglesia; por ello, Eucaristía-Iglesia-María es un trinomio inseparable. Lo dice expresamente Papa: María está presente con la Iglesia, y como Madre de la Iglesia, en todas nuestras celebraciones eucarísticas, de modo que así como es inseparable el binomio Iglesia y Eucaristía, también lo es el de Eucaristía y María (EdE 57-b).

7. LA PREOCUPACIÓN ECUMÉNICA

Como es lógico, no podía faltar la referencia ecuménica, dada la sensibilidad de Juan Pablo II sobre esta grave cuestión y las implicaciones que comporta el hecho de que la Eucaristía sea el *Sacramentum unitatis*. Eso explica que este aspecto sea recurrente a lo largo de la encíclica, aunque son los capítulos tercero y cuarto los que tratan la cuestión de modo más amplio y directo.

Es claro que Juan Pablo II lleva clavada en su corazón de padre y pastor la espina de la división de los cristianos y desea ardientemente que tal situación se resuelva cuanto antes, con el fin de que llegue pronto el día en que profesemos todos la misma fe y celebremos la misma Eucaristía. Por eso, tras agradecer «a la Santísima Trinidad que, en las últimas décadas, muchos fieles en todas las partes del mundo se hayan sentido atraídos por el deseo ardiente de la unidad de los cristianos» (EdE 43-a) y remitirse a la petición que la Iglesia formula en la Eucaristía al «Padre de las misericordias», para «que conceda a sus hijos la plenitud del Espíritu, de modo que lleguen a ser en Cristo un solo cuerpo y un solo espíritu» (Ib.), vuelve a repetir el deseo vehemente de la encíclica *Ut unum sint*: «Tenemos el ardiente deseo de celebrar juntos la única Eucaristía del Señor» (EdE 44-b).

Sin embargo, nada más lejos del verdadero ecumenismo y del pensamiento de Juan Pablo II que hacer concesiones fáciles a un falso irenismo, pues «el camino hacia la plena unidad no puede hacerse si no es en la verdad» (EdE 44-a).

Precisamente, porque *la verdad de la Eucaristía* exige la completa comunión en los vínculos de la fe, de los sacramentos y del gobierno eclesial —pues

la Eucaristía realiza la unidad de la Iglesia mediante el sacrificio y la comunión en el Cuerpo y Sangre del Señor— «no es posible celebrar la misma liturgia eucarística hasta que no se restablezca la integridad de dichos vínculos» (EdE 44-a). De ahí que una *concelebración* sin estos requisitos, aunque aparentemente diese la impresión de fomentar y favorecer la unidad, en realidad «no sería un medio válido y podría revelarse incluso como *un obstáculo a la consecución de la plena comunión*» (Ib.). La Eucaristía, en efecto, es un don que Dios hace a su Iglesia, no una autodonación que la Iglesia se hace a sí misma; lo cual exige, como única actitud adecuada, abrirse al don en las condiciones en que Dios nos lo dona, sin manipularlo ni alterarlo. Dios no podría bendecir una iniciativa humana que, en vez de abrirse a la salvación que Él le oferta —concretamente la unidad—, se situase, de hecho, al margen de esa iniciativa y se autoconvirtiese en fuente de esa salvación. Por eso, afirmar que la plena intercomunión u hospitalidad eucarística «no es posible mientras no se hayan restablecido del todos los vínculos visibles de la comunión eclesial» (EdE 45), más que un obstáculo para el diálogo ecuménico, es un impulso y una urgencia para que la Iglesia presente ante el Padre, por Cristo en el Espíritu, su oración de Esposa, implorando que sea Él quien conceda que quienes han recibido un mismo Bautismo, lo lleven a consumación en la Eucaristía.

Puestas estas premisas doctrinales, la encíclica deduce algunas consecuencias operativas respecto a la comunión *in sacris* con los Ortodoxos y con los hermanos salidos de la Reforma del siglo XVI; consecuencias que son distintas, al ser distinta la fe que unos y otros profesan en el misterio eucarístico. Los Ortodoxos mantienen sustancialmente la misma fe que la Iglesia Católica, tanto en lo que respecta al ministro ordenado como en la dimensión sacrificial de la Eucaristía y la realidad y permanencia de la presencia; las iglesias de la Reforma, pese a los avances logrados, siguen discrepando seriamente en cuanto al sacrificio eucarístico y a la duración de la presencia eucarística.

El gran principio es que, mientras «en ningún caso es legítima la concelebración», pues falta la plena comunión (EdE 45), «no ocurre lo mismo con respecto a la administración de la Eucaristía» (Ib). Concretamente, a los Orientales que, encontrándose de buena fe separados de la Iglesia Católica, piden la comunión eucarística, los ministros católicos pueden dársela en determinados supuestos; no así, a los hermanos de las iglesias de la Reforma, puesto que, al rechazar «lo referente a la necesidad del sacerdocio ministerial» para la validez de la celebración eucarística, «hace que el solicitante no esté debidamente dispuesto para que le sean legítimamente administrados. Y, a la inversa, un fiel católico no puede comulgar en una comunidad que carece del válido sacramento del Orden» (EdE 46-b).

8. LA EUCHARISTÍA Y LA PENITENCIA

Desde los inicios del movimiento litúrgico moderno, una de las principales aspiraciones fue la de llevar a los fieles a la participación frecuente, incluso diaria, en la comunión sacramental. Este deseo recibió un fuerte impulso, sobre todo, con los pontífices san Pío X y Pío XII, con la apertura de las fuentes eucarísticas a los niños llegados al uso de razón y la mitigación del ayuno eucarístico, respectivamente. El Vaticano II sancionó y ratificó esta orientación, a la vez que expresó su deseo ardiente de que todos los fieles participen en la Eucaristía comulgando sacramentalmente en la Misa, ya que la comunión sacramental es la cumbre de la participación fructuosa. La catequesis y pastoral han impulsado decididamente estas orientaciones, dando como resultado que hoy sea una experiencia gozosa y casi universal la comunión eucarística por parte de un número notable de fieles.

Ahora bien, los pastores de almas son los primeros que lamentan una creciente banalización, cuando no una clara profanación de la comunión eucarística. En lugar de los caminos señalados por la teología eucarística, se prefieren los del devocionalismo y sociologismo. De este modo, lo que es exigencia de la naturaleza convivial de la Eucaristía, se rebaja a la condición de sentimentalismo inane o mera costumbre social, dándose el caso, cada vez más frecuente, de recibir la Sagrada Comunión —sin confesión previa y tras largos años de ausencia de toda práctica religiosa, o estando en situación matrimonial irregular y notoria— en la misa de entierro de un allegado o en la primera comunión de un familiar.

La encíclica se hace eco de esta situación, aunque la contempla no desde una dimensión moral sino teológica; y, más en concreto, eclesiológica y de comunión. «La comunión invisible... supone la vida de gracia... y la práctica de las virtudes de la fe, de la esperanza y de la caridad, pues sólo de este modo se obtiene la verdadera comunión con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo». Por eso, «la integridad de los vínculos invisibles es un deber moral bien preciso del cristiano que quiera participar plenamente en la Eucaristía comulgando el Cuerpo y la Sangre del Señor» (EdE 36). Juan Pablo II se remite en confirmación de este aserto a la clásica cita de 1 Cor 11, 28 y a un comentario del Crisóstomo a Is 6,3: «También yo alzo la voz, suplico, ruego y exhorto encarecidamente a no sentarse a esta sagrada Mesa con una conciencia manchada y corrompida. Hacer esto, en efecto, nunca jamás podrá llamarse comunión, por más que toquemos mil veces el cuerpo del Señor, sino condena, tormento y mayor castigo» (Ib). En este contexto, la encíclica recuerda la norma del concilio de Trento, según la cual «debe preceder la confesión de los pecados, cuando

uno es consciente de pecado mortal» (Ses. XIII, cap. 7 y c. 11). El juicio sobre el estado de la propia alma corresponde a la persona concernida. No obstante, «en los casos de un comportamiento externo grave —abierta y establemente contrario a la norma moral— la Iglesia, en su cuidado pastoral por el bien comunitario y por respeto al Sacramento, no puede mostrarse indiferente» (EdE 37); al contrario, prohíbe la admisión a la comunión (CIC 915). Éste sería el caso de los que viven en abierto concubinato.

9. ALGUNAS LUCES Y SOMBRAS MÁS SUBRAYADAS

Además de los temas estelares a que acabo de referirme, la encíclica subraya algunos otros. Podemos agruparlos en dos bloques: los aspectos positivos y las llamadas de atención.

A) *Subrayados positivos*

Entre los subrayados positivos se encuentran los siguientes: 1) La Iglesia del tercer milenio ha de ser una Iglesia netamente eucarística, y «la parroquia es una comunidad de bautizados que expresan y confirman su identidad principalmente por la celebración del Sacrificio eucarístico (EdE 32-a), sobre todo en la Eucaristía dominical (EdE 41); 2) la Eucaristía es la principal razón de ser del sacramento del sacerdocio y es el centro y cumbre de la vida y ministerio del presbítero (EdE 31-a), así como la causa que reduce a unidad la múltiple actividad del presbítero; 3) el carácter privilegiado que ocupa la Eucaristía en la vida de la Iglesia y en las parroquias, reclama un «puesto central en la pastoral de las vocaciones sacerdotales» (EdE 31-c), para que siempre haya ministros que la celebren; 4) existe una inextricable unidad entre la *lex credendi-lex orandi-lex vivendi*, pues la fe que profesamos en la Eucaristía, la celebremos y luego la proyectemos en la vida, de modo que la participación eucarística no sea un vano sentimentalismo sino un serio compromiso de edificar «un mundo habitable y plenamente conforme al designio de Dios» (EdE 20-a); 5) el culto eucarístico fuera de la Misa «deriva de la celebración del Sacrificio y tiende a la comunión sacramental y espiritual», por lo cual «corresponde a los Pastores animar, incluso con el testimonio personal, el culto eucarístico, sobre todo la exposición del Santísimo Sacramento y la adoración de Cristo presente bajo las especies eucarísticas» (EdE 25-a), conscientes de que «la Eucaristía es un tesoro inestimable... y nos da la posibilidad de llegar al manantial mismo de la gracia... no sólo por su celebración sino también al estar ante ella fuera de la Misa» (EdE 25-c); y 6) la Eucaristía, «aun celebrándose siempre en una comunidad particular, no es

nunca celebración de esa sola comunidad» (EdE 39-a), sino celebración abierta a la comunión con toda la Iglesia peregrina y con la Iglesia celeste (EdE 19-a).

B) *Aspectos negativos o sombras*

Entre los subrayados negativos o deficiencias, la encíclica se refiere, entre otros, a éstos; 1) la intercomunión o concelebración eucarística con quienes no tienen «la completa comunión en los vínculos de la profesión de fe, de los sacramentos y del gobierno eclesiástico» (EdE 44-a); 2) la comunión sacramental de quienes tienen «un comportamiento externo grave, abierta y establemente contrario a la norma moral» (EdE 37-b); 3) y un cierto menosprecio del rico patrimonio que ha surgido en torno a la Eucaristía en arquitectura, escultura, pintura y música; así como la introducción de «innovaciones no autorizadas y con frecuencia del todo inconvenientes» (EdE 52-a), con el consiguiente riesgo de dilapidar un tesoro que, por ser «demasiado grande y precioso» (EdE 51-b), no permite «arriesgarse a que se empobrezca o hipoteque por experimentos o prácticas llevadas a cabo sin una atenta comprobación de la competente autoridad» (Ib).

10. A MODO DE CONCLUSIÓN

Me parece que no es arriesgado afirmar que nos encontramos ante un documento de gran calado teológico y llamado a ejercer un gran protagonismo en la pastoral eucarística, en la vida de los fieles y en el ministerio y vida de los presbíteros y obispos. Pastores y fieles estamos invitados a conocer bien su letra y espíritu, y a instrumentar, con amor y constancia, una serie de acciones que hagan recobrar a la Iglesia un vigoroso dinamismo apostólico, gracias a la esmerada participación en la Eucaristía y al cultivo ferviente del culto eucarístico, que de ella deriva y a ella remite. La encíclica vuelve a recordar lo ya enseñado por el Vaticano II, el cual puso a la Eucaristía en el *centro* y en la *cumbre* de toda su ministerialidad. Éste es el único camino de una participación litúrgico-eucarística auténtica, y, por ello, la senda de una verdadera y eficaz renovación de la vida de las comunidades cristianas. Será éste un antídoto eficaz para que los augurios del Vaticano II y la reforma litúrgica posterior no sean una mera declaración de buenos principios o —lo que aún sería más grave— sean desnaturalizados, por exceso o por defecto.

José Antonio ABAD
Facultad de Teología
BURGOS